

## ORDEN Y VERDAD

### I

1. — *El orden es la unidad impresa en la multiplicidad. Un conjunto de seres está ordenado cuando de alguna manera han sido reducidos a unidad y, por eso mismo, han sido incorporados como partes a un todo. Sin orden tales seres permanecen sin sentido, informes, en cuanto conjunto.*

*El orden, pues, confiere un nuevo ser a los seres ordenados: el del todo o unidad, en que quedan jerárquicamente agrupados; y es, por ende, una perfección que actualiza las partes con la unidad hasta conducir las al nuevo ser del todo.*

*El orden es, en definitiva, lo mismo que unidad, y ésta es lo mismo que perfección o ser y, por eso, se realiza en la misma medida que éste. Conclusión fácil de ver desde que el orden es esencialmente una unidad que agrupa de un modo u otro las partes en el todo, una unidad imprimiéndose y superando la multiplicidad; y la unidad es lo mismo que la indivisión del ser y, en última instancia, es el mismo ser, ya que todo ser en cuanto tal es indiviso, puesto que el ser o no tiene partes y es uno —indiviso perfectamente: unidad por simplicidad— o las tiene y, en tal caso, sólo es ser en cuanto las partes forman un todo —indiviso imperfectamente: unidad por composición— pues de otro modo no sería un ser, sino muchos seres, tantos cuantas unidades o indivisos.*

*De aquí que en la medida en que un ser es, es indiviso, y en esa misma medida es uno, y en esa misma medida y por la misma razón es ordenado. Ser, indivisión, unidad y orden son nociones trascendentales idénticas.*

*Los grados del orden son, pues, los grados de la unidad o indivisión, y los de ésta son los del ser.*

*Hay, pues, orden o unidad de partes substancial y accidental, según que la unidad llegue a formar con las partes un todo como un solo ser o existencia —vg. la unidad de las partes de un ser vivo, del hombre principalmente—, o no —vg. un jardín de múltiples plantas— donde la unidad no llega a modificar en sí misma la naturaleza de los seres sino sólo a imprimir una forma que los*

*agrupa bajo algún aspecto puramente accidental sobreañadido a la multiplicidad de las sustancias. Cada una de estas unidades, identificada como está con el ser, se realiza a su vez analógicamente como él, es decir, de múltiples y diversos modos.*

2.— *Mas como el objeto, primero de la inteligencia humana es el ser material finito y contingente, la primera idea de orden que el hombre se forja es la de la unidad de las partes múltiples de un todo, comenzando por la más accidental y frágil: la de los seres o sustancias agrupadas en una unidad extrínseca, como la de los objetos de una sala.*

*Profundizando en la noción de orden y viendo que ésta coincide con la de unidad y ésta con la de ser, se llega a comprender que el orden es más perfecto en la unidad del ser substancial, donde el ser de las partes ha perdido ya su existencia propia para convertirse formalmente en el ser de las partes, que no es ni existe sino con la única existencia del todo; y más perfecto es el orden donde las partes reales han desaparecido en el todo como partes y la unidad de composición ha sido substituida por la unidad de simplicidad: vg. el orden o unidad del alma espiritual humana y más todavía la del espíritu puro, del ángel, que en su simplicidad es más rica que la unidad del cuerpo con sus múltiples partes; y más sobre todo donde la unidad de simplicidad substancial, realmente distinta de su existencia y de su actividad —como acontece con los actos de entender o querer del alma espiritual— ha sido superada con la unidad absoluta del Acto puro, en el cual Esencia y Existencia, Substancia y Actividad, Sujeto y Objeto, son realmente idénticos.*

*De aquí que si gnoseológicamente o quoad nos el orden comienza por manifestarse, como una unidad de partes, y por la inferior de todas: la unidad accidental, ontológicamente o quoad se, el orden primero es ante todo la Unidad de simplicidad del Ser de Dios, Causa primera de todo otro ser y orden, en que toda perfección o ser —la perfección o Ser infinito— es poseído en la Unidad de simplicidad más absoluta: la de identidad, que excluye toda multiplicidad de partes.*

3.— *Por otra parte, en la medida en que es, todo ser es inteligible o verdadero. El ser es lo que se revela como lo inmediata y simultáneamente dado en el acto de la inteligencia, como su objeto formal propio, sin el cual aquel acto ni sentido tiene, es decir, el ser se manifiesta como inteligible. Y el ser en cuanto inteligible o aprehensible o adecuado con la inteligencia es verdadero.*

*El fundamento último de esta adecuación entre inteligencia e inteligibilidad del ser se funda, en suprema instancia, en que el Acto o Perfección pura o infinita, por su esencia misma, es a la vez Acto de Entender —Intelección— y Acto de Ser entendido —Inteligibilidad en Acto u Objeto entendido—. Por eso, todo ser, en la medida en que es, es inteligible e inteligente; y si hay seres que no entienden o no son inteligibles en acto, como los seres materiales, es por*

lo que no son, por el no ser o imperfección de la materia; y si los seres materiales pueden llegar a ser entendidos es sólo por la perfección del acto espiritual de la inteligencia que, abstrayéndolos de la materia, los hace inteligibles en acto.

Llegamos así a otra conclusión: que el orden, identificado con la unidad y el ser, está identificado también con la inteligibilidad o verdad. Y lo está en la precisa medida de la perfección de su unidad que lo constituye.

Por la misma razón el orden es algo que surge naturalmente de la perfección del ser y, como éste, es siempre verdadero, so pena de no ser auténtico orden. El orden brota, pues, de las fuentes más puras o intrínsecas del ser, es el fruto de su perfección o riqueza ontológica y, en tal sentido amplio, puede decirse que el orden es siempre orgánico o, más preciso, natural, en cuanto se opone a violento: surge por el crecimiento de una nueva forma o acto, de una nueva unidad que acaba o perfecciona las partes en la cima de un todo.

Finalmente, identificado como está con la unidad, la perfección, la verdad y el ser, el orden está identificado, por eso mismo, con la bondad. Todo orden es en sí mismo esencialmente bueno en el mismo grado en que se realiza como orden.

4 — De lo dicho se infiere que el desorden comienza por no ser un ser o perfección, sino un no ser, una ausencia o falta de perfección.

Cuando tal falta de perfección es connatural a un ser en cuanto una determinada esencia finita no exige grados superiores de perfección porque no le corresponden, se trata de una simple carencia que no implica imperfección o desorden, y sólo apunta a la finitud, propia de todo ser creado. En tal sentido, una ausencia de un orden determinado en un conjunto de seres que no lo exige —vg. un orden mecánico en un ser viviente— es una simple carencia de orden y no, propiamente hablando, una imperfección o desorden.

Pero cuando la falta de perfección es una ausencia de una nota o propiedad esencial de un ser, cuando éste no tiene todas las notas que reclama su esencia para ser perfecta —vg. un hombre que carece de vista o de inteligencia— se trata de una privación de perfección, es decir, de una imperfección formalmente tal y, por eso mismo, de un desorden.

El desorden es pues, una privación de orden: la ausencia del orden o unidad exigida por una determinada esencia natural, artificial, social, etc. Así si en un conjunto de objetos de una sala o de miembros de una sociedad no brilla unidad alguna.

El desorden, por ende, es privación de unidad, de ser, de perfección y, también y por eso mismo, de verdad y de bien; por lo cual el desorden es esencialmente un mal.

## II

5. — *Creado por el Ser infinito de Dios y partícipe de su Ser, el mundo partícipa, por eso mismo, de la Unidad y del Orden divino, y es por eso que los griegos lo llamaron Cosmos y los latinos Uni-verso.*

*El desorden se introduce en el mundo por la deficiencia o imperfección física o moral de las causas finitas necesarias o libres, respectivamente. Como privación de bien que es, el desorden no tiene causa eficiente, sino deficiente: no es algo que se hace, sino algo que debiéndose hacer no llega a hacerse o en otros términos, no es un ser, sino un no ser, una falta de ser que la causa creada debía hacer, y que no llega a hacer por deficiencia o imperfección física o moral.*

6. — *El mundo material se nos manifiesta con un orden admirable tanto en el macrocosmos como en el microcosmos. Brilla en él especialmente el orden o unidad jerárquica —en que el grado inferior sirve al superior— de los seres inorgánicos, orgánicos con vida vegetativa, orgánicos con vida consciente sensitiva y, por encima de todos ellos, del hombre, con cuya vida inteligente y libre se alcanza la cima de la vida enteramente inmaterial o espiritual, y al cual, por eso, está ordenado como a su fin todo el mundo corpóreo inferior a él.*

*Por otra parte, en el hombre mismo aparecen todos estos estratos del ser del mundo en magnífica y jerárquica unidad u orden: la materia, la vida vegetativa, la vida sensitiva y la vida espiritual, sirviendo cada uno de ellos al inmediato superior. Pero a su vez, el ápice del espíritu aparece esencialmente hecho para la verdad y el bien trascendentes y, en definitiva, para la Verdad y el Bien infinitos, sometándose a los cuales logra la actualización o perfección y, consiguientemente, el orden de su propio ser inmanente.*

*Ahora bien, semejante orden no se le da hecho al hombre ni lo alcanza, por eso, como los demás seres materiales: por una actividad sometida a leyes necesarias —es decir, ordenadas por su divino Autor—. Por su espíritu el hombre posee la conciencia y la libertad y, por éstas, el autodomínio de su propia actividad y de su propio ser y destino. El hombre debe labrar, por el propio esfuerzo de esta actividad consciente y libre, su propia perfección, que es lo mismo que decir, su propia unidad interior, su propio orden.*

*Mas el hombre es un ser esencialmente sociable y no puede lograr su propio bien o perfección personal sino mediante el bien común de la sociedad: de la familia, de la sociedad política, en un orden de naturaleza, y del bien común de la Comunión de los santos de la Iglesia, en un orden sobrenatural cristiano; y para ello necesita alcanzar la unidad de su ser personal dentro de la unidad de esas sociedades, es decir, establecer el orden social en la familia, en la economía, en la política, etc.*

7. — *Pero para alcanzar con eficacia semejante meta, necesita: en primer*

lugar, *de-velar el camino de su propia perfección*: problema esencialmente especulativo-intelectual de descubrimiento de las normas de su perfeccionamiento humano en sus diversos aspectos, pero especialmente moral; y en segundo lugar, *decidirse a la elección de ese camino de un modo firme y permanente*: problema esencialmente práctico-moral de buena voluntad y de virtud y, en el orden sobrenatural cristiano de gracia, de oración y de sacramentos.

Lo que nos interesa subrayar ahora es que para alcanzar el orden interior o personal y el orden exterior o social no basta la buena voluntad, es menester comenzar por solucionar el primer problema: el de alcanzar la verdad trascendente, que culmina y se fundamenta en la Verdad de Dios —sin la cual ninguna verdad tiene razón de tal— con todas sus exigencias, para trazar con la inteligibilidad de su luz el camino que conduce a la unidad u orden, que es lo mismo que la perfección y el bien humano. Es menester comenzar por someter la inteligencia a su propio orden, que es el orden de la verdad, el cual no es sino el orden del ser, según vimos. Es menester, por eso, acatar el ser, de-velarlo tal cual es en todas sus conexiones y en todas sus imposiciones o deber ser, que exige para su realización o perfección en el propio ser humano. Sin el ser trascendente no hay verdad, sin verdad no hay objeto ni vida de la inteligencia, y sin ésta no es posible determinar el camino seguro del perfeccionamiento u orden humano, ya personal ya social, en sus múltiples realizaciones.

Claro que semejante orden intelectual o perfeccionamiento de la inteligencia, como previo para alcanzar el orden humano total, eminentemente moral, requiere a su vez previamente la sinceridad y buena voluntad; porque sin ellas la voluntad libre, arrastrada por sus pasiones y vicios, arrastraría consigo al error a la débil inteligencia. Pero esta sinceridad y buena voluntad inicial es todavía informe e incapaz por sí sola para establecer el complejo orden humano en todas sus ramificaciones: necesita previamente ver la ruta segura que conduce al verdadero o auténtico bien: y tal ruta sólo puede de-velarla la inteligencia de-velando su ser en toda su múltiple y jerárquica unidad, que culmina en el espíritu abierto a la infinita transcendencia, y a la vez en el Ser divino al que aquél está esencialmente dirigido como a su Bien definitivo, con las exigencias o deber ser —las normas morales— que la conquista de este Bien impone al hombre en su ser individual y social.

### III

8.—Es indudable que el hombre actual está desordenado interior y exteriormente, individual y socialmente.

Y como la paz es el fruto del orden, el hombre actual ha perdido también la paz y se debate en la inquietud interior y en el temor exterior, que lo arrojan a una despedazante angustia.

*Los hombres de nuestro tiempo viven torturados, porque han perdido la paz dentro de sí y en los diferentes ambientes sociales en que se desenvuelve su vida. Y se ha perdido la paz, porque se ha perdido el orden que la funda: dentro de sí, en el interior de la conciencia, en la familia, en las sociedades económico-laborales, en la sociedad política y en la sociedad internacional.*

*Nunca como hoy los hombres han hablado y buscado con más ansiedad reconquistar ese orden perdido para restablecer la paz en su alma y en el mundo. Y lo buscan febrilmente, con el temor de llegar demasiado tarde, ante la amenaza de la destrucción total del orden humano con la negación de toda norma, y aun con el aniquilamiento físico del mismo hombre sobre la tierra.*

*No faltan quienes en su desesperación renuncian ya a esa paz y quieren aceptar el desorden, el "sin-sentido" y el absurdo como esencial al hombre y al ser. Una Literatura y una Filosofía existencialista morbosa, características de épocas de desesperación y de decadencia, trata de buscar, contradictoriamente, como una justificación del absurdo y del desorden contra el sentido y el orden y, en definitiva, de la nada contra el ser, que es lo mismo.*

*Pero el ansia de orden y de paz —que es lo mismo que de verdad y de bien— es esencial al hombre y, por eso, superior a estos esfuerzos vanos por clausurarse en el absurdo y en el nihilismo; los cuales, por lo demás, no hacen sino testimoniar la tendencia humana por la unidad y el orden, ya que constituyen un esfuerzo por justificar y unificar la vida desordenada con la falsa norma y aun con la ausencia de toda norma.*

*9. — Para alcanzar la unidad interior —unidad jerárquica de la vida inferior subordinada a la vida espiritual y ésta a su vez a la verdad y al bien trascendentes— y la unidad social —entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos en la sociedad familiar, los obreros y los patronos en la sociedad económica, los individuos y el Estado en la sociedad política, y los diversos Estados entre sí en la sociedad internacional— es menester que el hombre actual comience por renunciar a su radical y absurdo agnosticismo, el cual, oculto tras diversos errores, le hace desesperar de la posesión de la verdad o ser trascendente. Y si el hombre no tiene confianza ya de alcanzar la verdad absoluta, no puede tenerla tampoco de alcanzar el orden, que se funda en aquélla.*

*Únicamente restituyendo el valor a la inteligencia para aprehender la verdad o el ser trascendente —que, en última instancia, lo hemos dicho, es la Verdad o el Ser divino, del cual participa y por el cual es todo otro ser o verdad— el hombre podrá lograr con él alcanzar la verdad absoluta y trazar con ella el camino firme del orden, y restablecen así la paz en su alma y en el mundo.*

*Únicamente con la posesión de la verdad en la inteligencia, los bienes humanos, creados por el hombre, como la técnica y el deporte, la ciencia y el arte, lograrán su exacta ubicación dentro del bien específicamente humano y, con*

*él, su unidad y su orden. Porque ni la ciencia ni la técnica son malas por el hecho de que nos haya dado los medios de destrucción; ni tampoco lo es el arte o el deporte, porque de ellos abuse el hombre con fines inmorales, y otro tanto dígase de la demás actividades humanas, hoy desorbitadas y vueltas contra el hombre, porque carecen de ubicación y unidad jerárquica dentro del bien de todo el hombre, en una palabra, porque están desordenadas.*

*El primer paso para la reconquista del orden perdido es, por eso, renunciar de una vez por todas a este absurdo y suicida agnosticismo. en sus múltiples y a veces larvadas formas: criticismo, historicismo, fenomenismo, positivismo, empirismo y existencialismo; porque sólo restablecida la verdad —el ser trascendente con todas sus exigencias o normas absolutas— en la inteligencia, se posee el camino, por donde emprender la marcha hacia la verdadera unidad y el orden, y con ellos, hacia la paz en todo su ámbito humano.*

*Claro que tal orden de la verdad de la inteligencia no basta: es menester que el hombre con su libertad lo acate y se someta a él. Pero, insistimos, previamente a esa obra de reconstrucción plena del orden, lo primero y lo más urgente que hay que hacer para establecerlo es reconquistar el orden perdido de la verdad y de la inteligencia, para desde él organizar el orden total humano.*

*10. — Si el hombre actual no centra su inteligencia en la verdad absoluta y, en definitiva, en la Verdad, todos sus esfuerzos por alcanzar el orden personal y social familiar, económico, político e internacional, serán vanos. En lugar de una verdadera unidad y de un auténtico orden, obtenido como una perfección lograda por el cumplimiento de las exigencias ontológicas de la verdad, forjará una pseudo-unidad y un pseudo-orden, fundado en la ficción, en la astucia, en una palabra, en el engaño; cuando no es sustituido por un equilibrio de fuerzas, como acaece actualmente en el orden internacional. Pero ni el equilibrio de las fuerzas, tan inestable por lo demás, ni el engaño fundan ni constituyen ningún orden: aquél, porque simplemente no lo es, ya que no hay unidad ni armonía, y puede romperse en cualquier momento, éste, porque tras una apariencia de unidad oculta una real desunión de los diferentes aspectos del mismo hombre o de las opuestas voluntades dentro de un grupo social, pronta a salir a la superficie con tanto más violencia, cuanto mayor ha sido la hipocresía con que se la ha querido encubrir.*

#### IV

*11. — Mas tal restitución doble del orden: primero en la inteligencia por la posesión de la verdad, y luego en la voluntad libre del hombre personal, irradiando desde éste sobre las diversas agrupaciones sociales, es una empresa abrumadora, que supera moralmente las fuerzas humanas, heridas por el pecado*

*original: la luz entenebrecida de la razón frente a una verdad tan compleja, y la energía debilitada de la voluntad frente a tantas dificultades.*

*Para ser posible ese doble orden, comenzando por el de la inteligencia, un día la Verdad personal bajó del cielo al seno purísimo de una Virgen para desposarse con la naturaleza humana. Y desde entonces en Cristo, la Verdad —que es simultáneamente Vida, la Vida suprema y personal del Espíritu— de un Dios humanado, ha penetrado, iluminado y vivificado a la humanidad instaurando nuevamente el orden quebrantado en el mundo por el pecado, y acabándolo sobrenaturalmente en un orden divino, que une al hombre con Dios en la participación de su misma vida.*

*Desde entonces en el universo ha sido instaurado este orden natural y divino en toda su integridad ontológica: el mundo material ha reencontrado su unidad y su orden, su sacramentalidad, al servicio del hombre redimido; éste, incorporado a Cristo-Redentor —“Camino, Verdad y Vida”— reencuentra el orden individual y social en todo su ámbito, integrado y divinamente perfeccionado por la caridad, que une como hermanos a los hombres al hacerlos hijos de Dios por la participación de su misma vida, que baja de Dios hasta todos los miembros incorporados a Cristo por la fe, el amor y el bautismo. Y este universo, que reencuentra su orden con la subordinación del mundo material al hombre cristiano y de éste a Cristo y con Cristo a Dios, se incorpora por el hombre unido a Cristo al mismo orden divino, a la Unidad participada de su Vida, ahora en la tierra por la fe —nunc in aenigmate et in speculo—, después en la intuición gozosa y eterna de la gloria —deinde sicut est—; restauración del orden natural quebrantado, integrado y acabado en un orden divino, de toda la realidad, que vigorosamente ha subrayado San Pablo: Omnia sunt vestra, vos autem Christi, Christus autem Dei. Sólo en Cristo y por Cristo, pues el hombre reencontrará el orden perdido no sólo sobrenatural sino aún el mismo orden natural —restaurado y reintegrado en aquél— de su vida individual y social en sus múltiples realizaciones, porque sólo en Cristo reencontrará la Verdad y la fuerza para establecerla.*

LA DIRECCIÓN.